

**EL RÍO AMARILLO TAMBIÉN PASA
POR KAO-HSIUNG Y OTROS
CUENTOS**

RAFAEL PÉREZ CASTELLS

Edición electrónica.

Editorial Asociación Cultural Ariadna
“EL RÍO AMARILLO TAMBIÉN PASA POR KAO-
HSIUNG Y OTROS CUENTOS”
Rafael Pérez Castells
Edición propiedad del autor ©2006.
Madrid. Mayo 2006

EL RÍO AMARILLO TAMBIÉN PASA POR KAO- HSIUNG

¡Pues también era mala suerte! Allí, varado, esta vez en Kaohsiung, al sur de Taiwan. En su aeropuerto, pequeño y manejable, había una inmensa sala con techos catedralicios y decoración de gran almacén, en donde se anunciaban todos los vuelos.

Al menos, tenía un bar. En una esquina acristalada, frontera con la noche y los aviones ociosos, se refugiaban los viajeros. Afuera llovía calor. Pedí un brebaje de gingseng y cerezas en un intento vano por paliar la dolorosa percepción del tiempo.

- No es agradable sentirlo pasar – la voz enmarcada entre dos paréntesis negros, nacía de unos labios más deseables que las cerezas que anunciaban mi bebida. Su inglés era perfecto, lo supe más tarde, pero en ese momento sólo los veía moverse invitándome a algo distinto de lo que escuchaba.

- ¿Perdón? – La interrogué con voz entrecortada, no quería espantar a esa gacela de las riberas del Tan-ta Hsi.

- No importa. Creí que usted estaba pensando en el tiempo – y repitió - ¿no le agrada sentir cómo pasa?
- No, en absoluto.

Ella poseía una sorprendente técnica para entrar al personal. La invité a lucir su cintura sobre mi banqueta, cosa que rechazó, pero aceptó una bebida.

- Té helado, por favor.
- ¡Camarero! Té helado para la señorita y ... que sean dos.

Se llamaba Luna sobre las nieves del Yü y yo sólo Nicolás.

- ¿Qué es lo que más le molesta? – sus ojos seguían hablándome de otras cosas, pero ella insistía - ¿El transcurrir o cuando la espera termina?
- Creo que el paso de cada minuto es lo peor – no me quedó más remedio que contestar -, me deja en suspenso, como si no tuviera sentido y me voy quedando hueco. Me desespera. ¿Y a usted?

Los ojos de Luna sobre las nieves del Yü fingían, como los de una serpiente que inyecta el veneno a su presa mientras le canta espirales de sueños con la mirada.

- ¡Oh! A mí no me molesta la espera. Sería como tirar el arroz que nos sobra – y añadió - ¿conoce los versos de Lao Tse?

Después, durante aquel vuelo de madrugada, los repetí más de una vez en silencio.

¿No ves, amigo mío
que las aguas del río Amarillo,
fluyendo del firmamento,
se precipitan hacia el mar para no volver?

LOS ZANCUDOS NO CANTAN EN CEBRALIA

En Cebralia cantaban los jóvenes mientras saltaban con sus largas pértigas. Sus voces eran agudas o graves según la naturaleza de su salto. De mi estancia en aquella ciudad traigo algunas canciones, algunas de tantas cantadas al anochecer. Porque había canciones para cualquier momento del día, canciones de invierno, o canciones para los días de mucho tránsito. Los jóvenes pertiguistas eran valientes aunque algo estúpidos y cantaban de modo chulesco y a la vez melancólico. Sus voces eran agudas cuando entonaban este canto:

Salto siempre, aunque la Luna
no ilumine mi camino.
Y aunque me muevo deprisa,
nunca desvío mi rumbo.
¡Que sea flexible mi pértiga,
que me quiebre al mismo tiempo
y los abismos recojan
nuestros cuerpos en astillas!

Las mujeres eran más precavidas, conocían las calles de Cebralia, y aconsejaban a sus amigos, en su réplica, que tuvieran calma y paciencia para llegar hasta su orilla. Sus voces eran graves, porque sabían de lo inútil de su gesto.

Cuando la Luna ilumine
tu camino, entonces ¡salta!
Y no te avergüence el cambio
de rumbo, o el no tener prisa.
¡Que tu pértiga no quiebre
y, otra vez, sea flexible!
¡Que vuelen vuestros cuerpos
ligeros sobre el abismo!

Las mujeres de Cebralia tenían largas vidas,- aunque a nosotros nos parecieran efímeras – los hombres morían muy jóvenes, víctimas de bravatas y locuras; apenas tenían tiempo para perpetuar la especie. Por eso, en Cebralia las canciones de amor eran escasas y dolorosas.

Venías a mi lecho entre las cúpulas
apoyando tu pértiga en el viento,
mi cuerpo era una anémona abierta
cuando tú ya caías al abismo...

El resto de la canción es demasiado triste, demasiado incluso ahora que en Cebralia se puede vivir sin vértigos

ni desmayos, y los enamorados ya no tienen que aventurarse por los imbricados callejones, gracias a los zancudos que rellenaron sus abismos. Pero Cebralia es más triste desde que llegaron ellos, porque ni saben cantar, ni han dejado motivos para escribir nuevas canciones, o para cantar las otras, las viejas y melancólicas.

EL NEGOCIO MARCHA

Soy el que llaman Acqua Tranquilla, vendí mi primer vaso a los seis años. Era de plata y con él me bautizaron siguiendo los ritos andaluces. Fue un gran negocio, no me servía de gran cosa ni para contener el recuerdo me servía y para beber me bastaba el cuenco de mis manos. Lo cambié por un tapón de corcho traído de Portugal. Para mi edad apuntaba alto. Desde aquel día pude encaramarme a las bañeras superiores, taponar su desagüe y tomarme largos baños.

No todos podían hacer lo mismo. Aunque en Armilla había agua de sobra, corría sin freno y un buen tapón de corcho permitía retener su carrera y embalsarla. Hay otros procedimientos, los cántaros – cuántos habré vendido -, las cisternas de marés mallorquín que se llenan con tuberías de bambú...Sin embargo nada tan simple, tan pequeño y útil como un tapón de corcho.

Su posesión me trajo la libertad. No es una exageración, cuando necesitamos algo, empeñamos nuestro esfuerzo para conseguirlo, vendemos nuestro tiempo a los señores por unas monedas que nos permitan obtener lo deseado.

Por este sencillo procedimiento perdemos la libertad sin darnos cuenta. Mi tapón de corcho portugués me ahorró muchas horas vendidas a mal precio para conseguir, por ejemplo, un cántaro con el que llevar agua a la cocina de mi vieja. Esta capacidad mía para dilucidar qué era digno de ser comprado me permitió hacer buenos negocios y convertirme en dueño de mi tiempo, si bien es verdad que como amo de mi destino era un verdadero tirano. Y digo era, porque ya no es así.

Fue hace seis meses. El tirano en que me había convertido se sintió absolutamente protegido por Hermes que como conocen mis colegas del gremio, es el dios del comercio y protege a todos los que a él nos dedicamos. El caso es que invertí toda mi fortuna en una operación de alto riesgo, no del todo legal, pero que si tenía éxito me permitiría controlar el agua de Armilla. Era sencillo, consistía en comprar todos los tapones de corcho de la ciudad, poco a poco, sin levantar sospechas. Al mismo tiempo se llegaba a acuerdos con los corcheros para que el transporte fuera encargado a caravanas controladas por amigos. De esta forma en seis meses, todos los tapones de corcho de Armilla serían míos. Podía alquilarlos, crear escasez y descontento, donarlos a causas de moda para ganar fama de filántropo, en fin que ofrecía muchas posibilidades. Todo estaba planeado a la perfección excepto la inmensa riqueza de la naturaleza y la agresiva penetración de los

comerciantes franceses. Un buen día aparecieron con unas láminas que llamaban caucho – por lo visto los indios del Perú le llaman así y significa impermeable –. El que llegó a Armilla venía de México, decían que era la savia del árbol del hule que se transformaba en láminas elásticas en las factorías de Guadalupe. Con este mágico producto se podían fabricar trajes de agua y ¡tapones!

El descubrimiento del caucho arruinó aquel prometedor negocio. La gente ni se dio cuenta de la escasez del corcho, casi al mismo tiempo que éste desaparecía, en los comercios se podían encontrar unos nuevos tapones de tacto pegajoso, que no dejaban escapar una gota de agua – como insistían los tenderos -.

Ahora he vuelto a donde comencé. Conservo mi tapón de corcho portugués, es mi única pertenencia. Ya no lo alquilo porque todos tienen su tapón de corcho – algunos llevan una triada: para las bañeras, los bidés y los lavabos – pero me soluciona mis necesidades acuáticas. Las otras las he resuelto alquilando mi experiencia a un poderoso marchante francés. El mismo que arruinó mi proyecto. Sigo siendo muy cuidadoso con mi libertad y sólo le alquilo las horas suficientes para cubrir mis necesidades básicas. El resto del tiempo lo dedico a preparar un nuevo negocio que creo puede ser muy rentable: es una moda de baño que viene de Bagdad. Para poder disfrutar de ella los

habitantes de Armilla tendrán que adquirir unas máquinas que llaman al-jarsuf. ¿Y quién será el primero en traerlas sino el viejo Acqua?

LA PROFUNDIDAD

Hace quince años que trabajo de conductor de naves planetarias o planechips, como dicen ahora los jóvenes, y nunca me había aburrido tanto como en este largo y último viaje. Desde hace tiempo me ronda la idea de dejarlo, la profesión se había degradado, ni siquiera éramos pilotos – por supuesto que astronauta era demasiado arcaico –, simplemente éramos conductores. Igual que los de los autobuses de La Revolución Informática del siglo XX, o los de los carros romanos. No, a aquellos les llamaban aurigas, qué hermosa palabra. Nosotros éramos conductores. Realmente era así, las naves eran automáticas, las trayectorias predeterminadas, casi estaba programado cuándo tenía que mear. No llegaba a comprender por qué habían decidido que cada nave llevase, al menos, un tripulante: el maldito conductor. Pero conductor de ¿qué? Si mi nave, La Suburbana, iba completamente a su bola, no me consultaba cuándo pasar a ingravidez, aunque si me avisaba, no fuera que me golpeará al caer o me derramase el vaso de leche en el uniforme. Realmente no éramos ni conductores, quizá testigos de cargo.

Cuando mi bisabuelo se hizo astronauta, allá por 2075, sí que eran buenos tiempos. La gente les respetaba, cada año, cada mes descubrían nuevos horizontes. La colonización de Marte fue apasionante ¡Cuántos se estrellaron o perecieron en estaciones

mal protegidas! Allí estaba él, Antonio Romero, llevando material para la construcción de Cydonia Mensae. La hermosa capital del planeta. Luego supimos que en realidad fue una reconstrucción. A la vista de los hallazgos arqueológicos de finales de aquel siglo, estaba claro que Marte había tenido vida inteligente antes de nuestra llegada o, más probablemente, nuestro retorno. Después fue más sencillo, el desarrollo de los campos de fuerza simplificó la defensa de las ciudades de la frecuente caída de meteoritos. Se fundaron Elysium Planitia , Vastitas y Cimmeria. Una vez estuve en Cimmeria, fue igual que viajar al pasado. En el siglo XXII fue el mejor centro de vacaciones del Sistema, la Nueva Las Vegas la llamaban. En su subsuelo se descubrieron grandes cuevas con lagos de agua cristalina y un principio de atmósfera. Durante su esplendor, recibía miles de turistas adinerados que buceaban en sus lagos, jugaban en sus casinos y fornicaban en sus hoteles. Había de todo. Bueno, cuando yo estuve allí, ya era un sitio decadente, en parte transformado en Parque de Atracciones Históricas. Ahora los que pueden prefieren Ganimedes o el cinturón de Mercurio.

Sin embargo hace 20 años las Agencias Espaciales entraron en bancarrota. Es difícil entender el capitalismo, yo lo único que sé es que si algo que se espera que crezca no crece, se muere por no crecer. Eso es lo que les pasó. En el 2325 se publicaron los trabajos de Molenaar. El célebre Cerrojo Molenaar. El matemático y astrofísico venía a decir que el ser humano nunca podría viajar a más de $\frac{1}{2}$ de la velocidad de la luz, incluso opinaba que esa cifra estaba lejos de lo que un ser humano normal pueda soportar. Esa verdad tardó en calar en la gente. A los pocos días se empezó a extender una desilusión sin palabras entre los tripulantes. El tal Molenaar condenaba a los hombres a

permanecer en su Sistema Solar. Era prácticamente imposible llegar en el lapso de una existencia a ninguna estrella que pudiera albergar vida, probablemente se debería viajar durante varias generaciones para lograr un contacto con un Sistema Estelar Habitable. Nuestra esperanza de descubrir nuevas fronteras se había terminado. Lograríamos habitar todas las rocas del Sistema Solar, incluso crear estaciones gigantes como planetas, pero nada de pasear fuera de la órbita de Plutón. ¿Para qué? Las bolsas lo detectaron un poco más tarde, pero la reacción fue fulminante. Si no podíamos llegar más lejos, con lo que sabíamos nos bastaba y no era necesario invertir en más investigación espacial. Mejor dedicar los recursos a cosas más “terrenas”. Las Agencias Espaciales se arruinaron y las Inmobiliarias hicieron tres años históricos. Se levantaron inmensas fortunas vendiendo parcelas en Venus o en Titán.

Desde entonces, hemos perdido hasta el nombre: conductores, tiene narices. Bueno, el caso es que me decidí. He comprado una parcela en La Tierra, un poco tradicional, pero había ahorrado y encontré un lugar muy hermoso en Asturias. De allí era mi bisabuelo Antonio, digamos que vuelvo a mis raíces. Al fin me liberaré de la triste sensación del Universo. Desde las ventanas de La Suburbana, el firmamento estaba lleno de estrellas y galaxias que nunca visitaríamos. Era un Universo cruel que nos dejaba ver su hermosura, pero nunca alcanzarla. El maldito Molenaar había transformado la emoción que la visión de las estrellas me producía, ahora tenía la sensación de ver una proyección de cine antiguo, en dos dimensiones, puesto que era evidente que nos había robado la profundidad.

ÍNDICE

	Página
El río Amarillo también pasa por Kaohsiung	2
Los zancudos no cantan en Cebralia	5
El negocio marcha	8
La profundidad	12